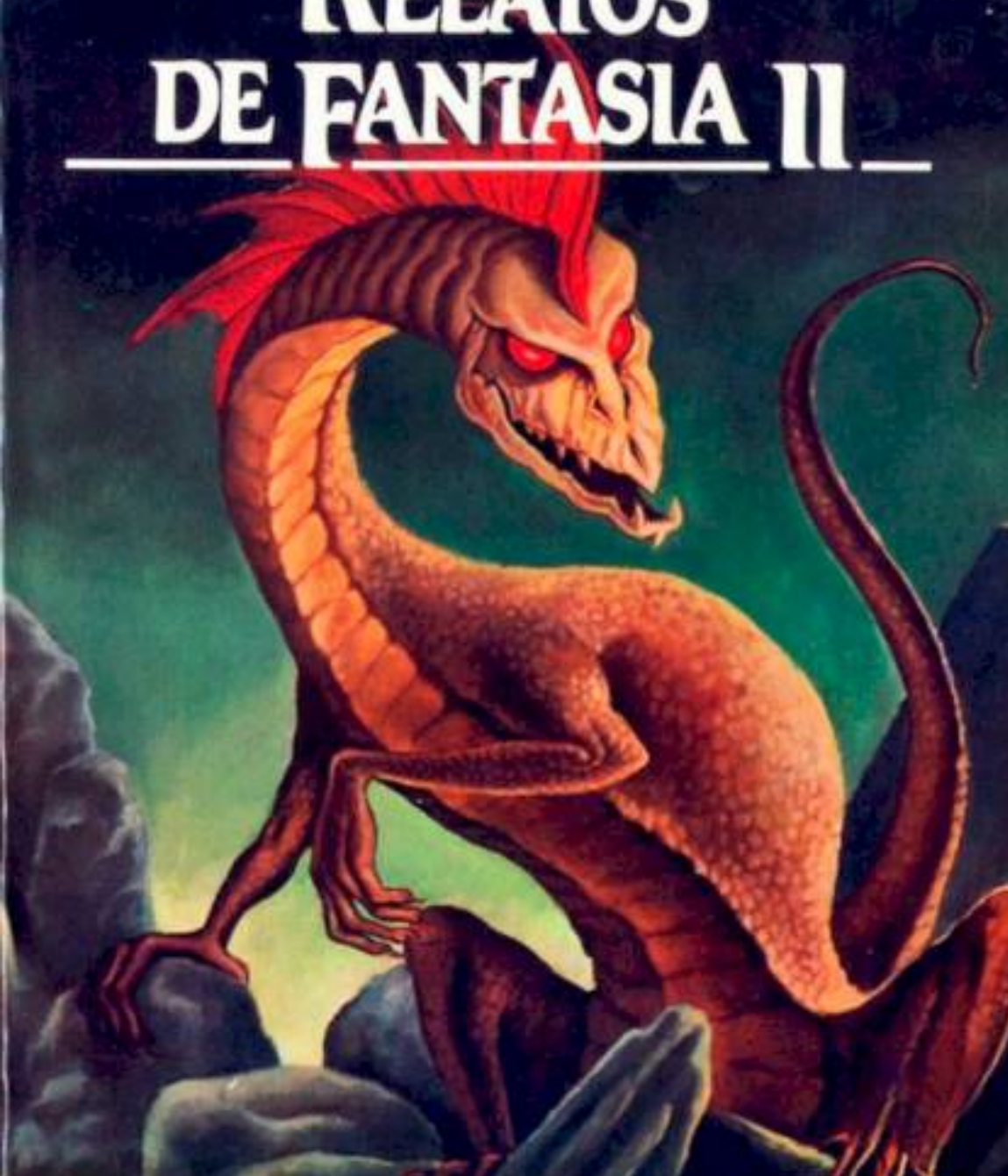


Ellen Kushner, Ursula K. LeGuin,
Michael Bishop, R.A. Lafferty, Joan D. Vinge ...

LOS MEJORES RELATOS DE FANTASIA II



El gran atractivo de esta antología radica en que es una verdadera iniciación al género fantástico. Sin limitarse a un tema o estilo únicos, Ellen Kushner recurre a las fuentes más variadas y muestra al lector una amplia gama de los senderos por los que está transitando actualmente la fantasía.

Encontramos así a figuras de la talla de Ursula K. Le Guin, con un cuento de su famoso ciclo de Terramar; a

Alan Garner, escritor inglés ganador del prestigioso premio Guardian, en un relato en el que el descubrimiento de un plato griego en un museo supone una revelación terrorífica; a Joan D. Vinge, que muestra sus virtudes para la fantasía en un relato sobre el mito del unicornio; a Elizabeth A. Lynn, con una historia de brujos al estilo de Tolkien; a Michael Bishop y R. A. Lafferty, firmas de primera fila de la ciencia ficción cuyos cuentos revelan la fecundidad del cruce entre ésta y el fantástico. Y también a M. John Harrison, Lynn Abbey, Nicholas Stuart Gray, completando el panorama de un género cuya vitalidad aumenta día a día.

Una antología imprescindible para quienes crean que la fantasía es algo más que la lucha entre el bárbaro, la bruja y el dragón...

Contenido

Títulos originales de los relatos:

«**La caza del unicornio**». (The Hunt of the Unicorn, Joan D. Vinge 1980).

«**El hombre que vendía magia**». (The Man Who Sold Magic, Nicholas Stuart Gray: 1956).

«**Peter Kagan y el viento**». (Peter Kagan and the Wind, Gordon Bok: 1971).

«**Isla cuarenta y siete**». (The Fotryseventh Island, R. A. Lafferty: 1980).

«**Lamia y lord Cromis**». (The Lamia and Lord Cromis, M. John Harrison: 1975).

«**Heridas de guerra**». (War Wounds, Lynn Abbey: 1980).

«**Disfrutar es gratis**». (Feel Free, Alan Garner: 1967).

«**La palabra que libera**». (The Word of Unbinding, Úrsula K. Le Guin: 1964).

«**Poemas de ensueño**». (Dream Poems [The Amulet and Grounding Song], Gordon Grant: 1980).

«**La Asociación Cultural Yukio Mishima**» de Kudzu Valley, Georgia (The Yukio Mishima Cultural Association of Kudzu Valley, Georgia, Michael Bishop: 1980).

«**El dominio del brujo**». (Wizard's Domain, Elizabeth A. Lynn: 1980).

Presentación: El bello camino

— Ellen Kushner —

En esta obra he intentado crear una combinación entre el material más reciente de los más brillantes y jóvenes talentos en el campo de la fantasía junto a una panorámica de obras de otros escritores. Entre los últimos, Úrsula K. Le Guin y Alan Garner son muy conocidos; otros, como el cantante de folk Gordon Bok o el dramaturgo británico Nicholas Stuart Gray, no tanto, aunque lo merecerían. Tenemos nuevas historias de algunas admirables intersecciones con la división ciencia ficción: R. A. Lafferty y Michael Bishop, dos mentes originales cuyas ficciones, a menudo, trascienden la clasificación, se me presentaron con historias que, ciertamente, versaban sobre fantasía; y Joan D. Vinge, alguien que contribuye tan significativamente a la humanización del espacio, finalmente se ha entregado a algo que siempre sospeché: su afición a la hechicería.

Las historias abarcan desde el cuento de hadas intemporal de Gray, o los poemas de ensueño de Gordon Grant y la magistral leyenda de Bok del marinero luchando contra el viento, pasando por el relato de espada y brujería de los detallados mundos de Vinge, Le Guin y los brillantes recién llegados Lynn Abbey y Elisabeth Lynn, hasta las posibilidades sin explorar de nuestro propio tiempo, postuladas por Garner y Bishop, o los misteriosos y distantes futuros de Lafferty y M. John Harrison. Todas son excelentes fantasías. Los tres grupos contienen ecos de los tradicionales mundos

fantásticos; los que aún no los tienen están intentando impetuosamente penetrar en ellos, apasionados por la creación de lo extraordinario. El marco tradicional es, por derivación, europeo: la patria de la fantasía, desde las indefinidas fronteras de los cuentos de hadas de Grimm, hasta el mundo totalmente detallado de la Tierra Media de Tolkien. Todo nos sugiere ampliamente que nos sumergimos en un mundo casi medieval: fidelidad, esgrima, casonas de piedra en inmensos bosques... Sus habitantes, sin embargo, son del mundo de las hadas: reyes de gran sabiduría, villanos capaces de las mayores traiciones, brujos inmensamente poderosos...

Esto no quiere decir que la fantasía tradicional sea la única forma legítima. Muchos se han amparado bajo estos recargados atavíos, tan excesivos como las nueve capas de una tarta nupcial, y se han quedado muy lejos de la grandeza que hace al género imperecedero. Actualmente, se equipara el escapismo con la fantasía y, con esa moda, la fantasía se ha convertido en algo fácil, tanto de leer como de escribir. Y eso no es así. Cuando se realiza honestamente, por un escritor hábil, la fantasía sobrepasa los límites de la percepción habitual y se abre a las realidades esenciales que la subyacen. Este es el verdadero objetivo del arte. Los métodos de la fantasía se consideran como extremos por algunos, y su capa superficial de entretenimiento vale tanto para los adictos como para los detractores del género.

Tolkien y Le Guin han escrito ensayos postulando que las Hadas, o la Tierra de los Elfos, son los manantiales de los que brota la gran fantasía. Más que recapitular sobre variantes de sus obras, puedo ofrecer a cambio la descripción del camino que lleva a esa región para que vean cuánto difiere de otros tipos de literatura.

En una vieja balada escocesa, llamada El Veraz Thomas el Bardo, un apuesto poeta es transportado por la Reina del País de los Elfos a sus dominios para que le sirva durante siete años. En el viaje hacia el País de los Elfos se detie-

nen a descansar, y la Reina le ofrece a Thomas tres caminos. El que lleva al Hermoso País de los Elfos es como un bello camino que serpentea por una ladera cubierta de helechos..., un camino más agradable que el de la justicia, totalmente cubierto de espinos y zarzas (conoces el libro que debes leer), y aún más agreste que el de la maldad, amplio, amplio camino que corre entre los once lirios (escoge tu veneno).

Ninguno de los dos es justo o perverso, sino hermoso, como la sobrenatural belleza de la Reina de los Elfos, verdadera fantasía que arrastra al lector a siete veces siete años de maravillas, de terrible lealtad. Espero que esta obra haga avanzar a quienes quieran desarrollar el gusto por el fruto de las hadas, y que les estimule el apetito si no lo han probado. Por mi parte, les doy las gracias a mis padres, que permitieron mi glotonería, a Jim Eaen, de Ace Books, sin cuyo apoyo y paciencia no habría acabado este libro... y, en el último minuto, a Mimi.

Ellen Kushner
New York City, abril de 1980

La caza del unicornio

— Joan D. Vinge —

La concepción popular del unicornio ha experimentado un cambio considerable desde su representación medieval como bestia salvaje y peligrosa, relacionada con agresiones sexuales y fertilidad. Para nosotros, el unicornio se ha convertido en el símbolo de la fantasía romántica, y aparece como tal en pósters, estampas, camisetas..., incluso las servilletas de papel llevan su efigie, y ha sido tomado rápidamente por la gente, ansiosa por identificarse con la belleza del unicornio, con su rareza y con el simple aspecto de salvajismo que parece envolverle. La historia de Joan Vinge le devuelve al unicornio una parte de su peligroso poder. Pero también añade algo nuevo al panteón mítico: el hombreunicornio, un hombre condenado a permanecer a medio camino entre lo humano y lo bestial, sin control completo sobre ninguna de sus dos formas.

*Joan Dennison Vinge empezó a escribir ciencia ficción con la ayuda del que fuera su marido, el escritor y matemático Vernon Vinge. Con sus historias de ciencia ficción ha ganado el Premio Hugo y un gran renombre; la fantasía nunca estuvo del todo ausente de su obra: su primer relato, *Tin Soldier*, y su última novela, *The Snow Queen*, están basadas en cuentos de hadas; del mismo modo, el lejano futuro que se plantea en *Mother and Child* tiene un cierto sabor a*

fantasía. Finalmente, se ha entregado a un mundo de magia y unicornios. Sólo nos queda esperar que permanezca en él.

El cerco se cerraba. Escuchó el sonido de los cuernos y, más cerca, el aullido de los sabuesos, casi encima suyo, mientras trepaba por la colina con los nudosos dedos de los brezales arañándole el pardo pelaje, intentando retenerle prisionero.

Prisionero..., ¡prisionero! Su salvaje corazón brincó con terror renovado; sangre fresca manaba de la herida de lanza que se abría en su costado. No era una herida mortal — no lo era, aunque el arma que se la había causado fuese de metal—, pero le hacía sentir su agonía y le debilitaba con cada latido del corazón. Los sabuesos no necesitaban olfatear su pista, les bastaba con seguir los rastros de sangre. Había renunciado a la cautela en favor de la velocidad, y el ingenio por un vuelo impetuoso.

Se abrió paso por la espesura hasta un claro en la cresta de la colina; miró hacia abajo, miró alrededor. Sus ligeras y moteadas patas temblaban fatigadas. En alguna parte dentro de la terrible espesura del bosque de su mente, una voz gritaba: una voz humana. Pero él sólo escuchaba las voces de los cazadores, mucho más lejanas, apremiando la jauría.

—¡Caedwyn! ¡Caedwyn!

El cuervo al que había visto seguirle desde lejos, sobre él, bajó en picado, saliendo del cielo encapotado, volando en círculos como un halcón entrenado para la caza; como un delator. El sonido de su voz chillona era el sonido de un nombre humano, un sonido extrañamente familiar. Se incorporó, enfurecido, perforando el gélido aire afrutado de la primavera con la estocada de su cuerno. El cuervo giró abruptamente; volaba en círculos, fuera del alcance de la

afilada cornamenta, de los cascos de pedernal, hendidos, chillando el nombre:

—¡Caedwyn! ¡Vuelve! ¡Vuelve antes de que sea demasiado tarde!

El sentido humano de las palabras le golpeaba con el chillido del lenguaje de los cuervos.

Giró el cuello, apartando la negra confusión de sus crines de delante de los ojos. ¿Volver? ¿Volver a las redes y a la esclavitud de los cazadores humanos?

—¡Nunca! —El sonido que emergió de su garganta estaba a medio camino entre un balido y un relincho... y, de algún modo, le horrorizó. Lanzó una nueva estocada contra su elusivo torturador; el sudor le corría por los flancos, tropezó y, una vez más, cayó a cuatro patas—. ¡Vete, pájaro maldito!

Pero el sonido le pareció erróneo, erróneo...

—¡Caedwyn, mira hacia abajo! ¡Mira!

Obedeciendo instintivamente, se levantó de nuevo y vio con claridad la empinada ladera de la colina. Abajo había un camino y campos luminosos mucho más lejos... y un séquito de viajeros en marcha. Se tambaleó con desesperación. Estaba atrapado; en ninguna parte, entre los seres humanos, podía esperar encontrar asilo, o merced. Su maldición angustiada fue un bramido de fiera.

—¡Caedwyn, es Arwyn, soy Arwyn!

El cuervo se abatió en picado, mirándole con un ojo blanquecino.

—¿Arwyn?

El unicornio sacudió la cabeza; repentino como un pensamiento, un viento helado barrió la colina. Por lo que había oído, ¿qué debía saber...?

—Acuérdate de mí..., acuérdate de ti mismo. No eres un animal, sino un hombre, un hombre. Cambia, vuelve antes de que sea demasiado tarde. ¡Date prisa, en nombre de Dharsun!

Un perro saltó desde la espesa maleza, tirándosele a los cuartos traseros. Lo apartó de una coz, le corneó mientras gritaba y machacaba, poniendo fin a los aullidos. Luego saltó para bajar por el lado opuesto de la colina.

—¡Caedwyn! ¡Vuelve!

El cuervo batió las alas de negra obsidiana para ascender, siguiéndole con ásperos y desesperanzados gritos.

Jehane abandonó la pequeña banda de guerreros que seguía el pacífico camino, bajo las ondeantes banderas de las casas abandonadas de las Regiones Fronterizas, bajo el estandarte oro y blanco de la Orden del Unicornio. En la pechera de su jubón de malla portaba la dorada Medalla de Jinete y, bajo la chirriante silla, la prueba de su derecho al liderazgo.

Jehane acarició las sedosas crines de Lágrima de Sol, como nieve caída en la prominencia del dorado cuello del unicornio. La espiral del cuerno dibujaba laberintos en el aire con el rítmico balanceo de la cabeza del animal, aparentemente de frágil aspecto para ser el arma de un guerrero. El unicornio había sido bendecido por Talath, como una de las más sabias entre las criaturas próximas a la humanidad (de vez en cuando, en la mente de Jehane, la más sabia). Unidos entre sí desde los tiempos legendarios en que se fundó la Orden con hechizos inquebrantables, el unicornio y su jinete formaban en batalla un equipo formidable. Fuerza, inteligencia, y un Jinete que controlara los hechizos, guardaban las tierras que vigilaban libres de mezquinos tiranos o magia salvaje.

Aunque Jehane y los nobles que la acompañaban cabalgando estuvieran ataviados para la guerra, aquello no pasaba de ser una simple precaución. Cabalgaban al encuentro de Guillarme, quien se había autonombrado Salvador y que, en su juventud, no había conseguido ser Jinete a causa de la carencia de una autodisciplina que hubiera doble-

gado sus deseos humanos. Se había entregado a la magia salvaje después de su caída, intentando controlar las engañosas corrientes de la fuerza terrestre sin la guía de las palabras de encantamiento de la Orden. Y así había regresado a su tierra natal con su herejía y con un ejército armado sólo para caer de nuevo. Había pedido aquella cita de tregua pues sabía que nunca podría vencer a unas fuerzas y conocimientos superiores. Quería paz y merced y que se apiadaran de él; y, a causa de todo aquello, Jehane tenía que volver a encontrarse con él...

Jehane suspiró, sacudió la cabeza con juventud y desenfado, cayéndole la larga y oscura cabellera sobre los hombros. Se esforzó en recordar sus sentimientos al inicio de la jornada, mientras permanecía en el parapeto de las murallas del castillo, mirando hacia abajo, hacia las piedras amarillentas... Recordaba cómo bajo ella toda la pared del acantilado de arenisca se clavaba en el borde del mar; cómo había observado las olas, golpeándose entre sí, sin fin, inútilmente, contra la inquebrantable pared de roca. Ella había percibido en aquel patrón eterno la confirmación de que el castillo y la Orden cuya Medalla portaba duraría para siempre, como la roca en que estaba edificado..., del mismo modo que las fuerzas que rivalizaban contra ellos fracasarían una y otra vez, eternamente.

Sus pensamientos se elevaron del mar azul y verde, en círculos, como pájaros blancos que centelleasen contra el cielo cuajado de nubes blanquecinas, un cielo verde azulado. Sintió la alegría de estar viva, de pertenecer a la Orden, de formar parte de la Justicia y Sabiduría y Poder que demostraban por sí mismos ser el único camino verdadero... Una súbita ráfaga de fuerte viento le hizo tomar conciencia del pequeño papel que ella misma tenía en la Gran Orden. Incluyó la cabeza con sumisión y empezó con el ciclo de plegarias que debía recitar sola y cerca del cielo, cerca de los espíritus de Dharsun, el Creador, y de Talath, la Fundadora.

Le dio gracias a Dharsun cautelosamente. Le reconoció como la media oscuridad, la media luz de Quien primero empleó los primordiales poderes del mundo, aprovechando las energías de los hechizos a través de los tiempos. El que usó los poderes de la tierra para llevar a la humanidad a la luz, fuera de lo desconocido. El que había usado el poder para manipular la verdadera estructura humana, alterándola de modo sutil, como había alterado a las demás criaturas del mundo; pero no siempre sabia, o benignamente.

Luego ofreció sus más profundas y sentidas plegarias a Talath, la Primera, la que se veía a sí misma como Hija del Creador, con más poder que sabiduría, quien había fundado la Orden para guiar a la Humanidad por el camino de la justicia. Su poder era tan grande como el Suyo, pues Su alma era pura, no corrompida por las tentaciones del poder que Ella empuñaba. Ella era el símbolo del triunfo final de la Orden sobre la magia salvaje. Ella era el más alto pedestal a que podía aspirar un Jinete; apoyaba con hechizos la pureza tanto del cuerpo como de la mente, preservándoles para que se mantuvieran incorruptos pese al empleo de los oscuros poderes del Creador... y su comunicación con Su antinatural creación: el unicornio.

La imagen de Lágrima de Sol centelleó espontáneamente en la mente de Jehane: como el reflejo del sol en el océano, con las crines tan pálidas como la espuma. Compartían un lazo que unía sus almas profundamente, una atadura que sobrepasaba cualquier relación que Jehane hubiera mantenido con cualquier ser humano. No conseguía imaginarse cómo una criatura como el unicornio podía haberse iniciado con una magia tan corrompida como la de Dharsun. Pero el encantamiento entre los Jinetes y los unicornios simbolizaba la victoria sobre las salvajes, incontrolables fuerzas, y su sometimiento al camino de la Justicia...

Jehane rompió el ensueño de las plegarias cuando escuchó a alguien que se acercaba. Levantó la mirada y vio a

su madre junto a ella, observándola mientras oraba. Pensó que vislumbraba la envidia en la mirada de su madre mientras ésta miraba a su hija rezando las plegarias de los guardianes del mundo, como un día fuese su propio deber. Muchos años antes, su madre había domado a Lágrima de Sol; luego había seguido los dogmas de lealtad de la Orden y había devuelto la Medalla cuando llegó el momento, para de ese modo poder forjar una familia antes de que fuera demasiado anciana. Lágrima de Sol había corrido libre en sus campos, y en ellos había observado a la yegua, sin volver a montarla, observando a su hija mientras llenaba de guirnaldas el cuello y el cuerno de la yegua..., hasta que Jehane llegó a la edad apropiada y tomó su lugar como Jinete de Unicornio.

—Perdóname por interrumpir tus plegarias, Jehane. — Su madre hablaba con tranquila deferencia—. Los Nobles de las Marcas se han reunido y esperan que bajes.

Jehane asintió con la cabeza y se apartó del mar. El frío viento volvió a golpearla y la muchacha se envolvió estrechamente en la capa, recordando la última y larga campaña de invierno. Había aconsejado y protegido los ejércitos cuando las Casas de las Marcas la llamaron para rechazar a los invasores de Guillaume —su despiadada, impía alianza con paganos medio salvajes y mercenarios desalmados. Había cabalgado con ellos, acampado con ellos, compartido todo con ellos a lo largo de los interminables y amargos meses de nieve cegadora, presenciado sus padecimientos y aliviándoles con sus hechizos y plegarias como mejor pudo. Había pagado su precio con su propia fuerza y había atravesado la línea que separaba a guardianes y amigos más que como un noble y común soldado, como alguien que compartía su dureza y resolución.

—Jehane. —Su madre le pasó una mano por el brazo mientras ella permanecía en pie, en el parapeto—. Sé lo que representó Guillaume para ti. Hoy, cuídate...

La cara de Jehane se endureció, no por las palabras de su madre, sino por la visión del pasado invierno.

—No pienses en ello, Madre. El pasado ha muerto.

Y acto seguido se dirigió rápida a saludar a la comitiva que la esperaba en el patio de abajo.

Jehane levantó nuevamente la cabeza mientras cabalgaba, con la mente anclada firmemente en el presente. Su corazón se hinchaba con la promesa de la primavera, con el conocimiento de que la prueba y el período de despertar habían finalizado junto con la última estación de frío. Los campos y las laderas de las colinas eran un arrugado edredón de brillantes tonos dorados y verdes rayados con surcos y cenefas, bordado con flores salvajes. Las nubes purpúreas de la tormenta del día anterior todavía retumbaban sobre las distantes Montañas del Pórtico Tormentoso; la azul pureza del océano celeste desembocaba en el desfiladero mientras el sol sonreía afortunado. Los pájaros cantaban y gorjeaban, sonidos de amor y anidamiento que agitaban un vago deseo interior por la llegada de la primavera. A sus espaldas, hombres y mujeres hablaban en fácil y amistosa conversación, resonando el metal mientras los cascos de las cabalgaduras chapoteaban quedamente en el fangoso camino. El aire estaba impregnado por la fragancia de una nueva vida, de un nuevo comienzo. El invierno había finalizado; y, del mismo modo que el frío amargo, la maldad de Guillaume había sido borrada de la faz de la tierra, liberándola del temor. Jehane silbó silenciosamente, no una canción de guerra, sino una tonadilla de amantes en primavera. Las orejas de Lágrima de Sol, bordeadas de plata, se agitaron con la tonada, escuchándola. La yegua hizo una ligera mueca, compartiendo la canción de la Jinete, compartiendo sus espíritus.

—¡Milady! —El portaestandarte que galopaba en cabeza se volvió para dirigirse a Jehane, destrozando la canción

y el ensueño. El abanderado frenó a su montura y señaló algo que estaba situado en el muro de maleza que bordeaba el fangoso camino—. ¡Mirad allí!

Jehane hizo que Lágrima de Sol se adelantase, con la mano enguantada en la empuñadura de la espada.

—¿Qué es, Alancil? —Pero al mismo tiempo que lo preguntaba pudo ver la desnuda silueta de un hombre tendido boca abajo en la verde cuneta del camino—. ¡Por el Creador y la Fundadora! ¿Quién es? ¿Un cadáver?

Desmontó con facilidad pese a la cota de malla; la flexible cota de malla de los Jinetes había sido forjada por la luz cegadora del Creador con inoxidable metal.

El hombre que yacía en la cuneta se agitó cuando Jehane se arrodilló junto a él. No estaba muerto, como había pensado, a pesar de la sangrante llaga en un costado. Bajo la moteada superficie arañada y llena de barro, la piel de aquel hombre era profundamente morena; los cabellos, largos y negros. El hombre se incorporó, sorprendiéndola con la intensidad de su mirada, los ojos de una bestia acorralada. Miró fijamente la comitiva de nobles montados, dio un vistazo a Lágrima de Sol y al Medallón que Jehane portaba sobre el jubón. Su expresión cambió, pero ella no fue capaz de decir si había sido para mejor. El hombre se sentó sin ayuda, haciendo una mueca de dolor al moverse al tiempo que se llevaba las manos para apretarse el herido costado, como si se hubiera quedado sorprendido al ver la incisión. Murmuró un nombre; sonó como si se tratase de una maldición.

Jehane escuchó ladridos de sabuesos, el sonido de una jauría sobre la boscosa colina que se alzaba ante ellos. El hombre hizo una nueva mueca y, con los ojos llenos de desesperación, miró hacia atrás. Jehane echó una ojeada hacia el cielo; un cuervo volaba por encima de ellos, graznando roncamente, como si presagiara una horrible advertencia. Escuchó cómo susurraban y señalaban algunos nobles, moviendo la cabeza, y un dedo helado tocó su alma.